Océanos y Libros

Antología de narrativa colombiana en el siglo XXI

Mover las aguas, correr la Tierra

Edición de
Yessica Chiquillo Vilardi
Sara Martínez Crespo



Mover las aguas, correr la Tierra
Antología de narrativa colombiana
en el siglo XXI

Mover las aguas, correr la Tierra
Antología de narrativa colombiana en el siglo XXI

Edición de
Yessica Chiquillo Vilardi
Sara Martínez Crespo

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Los autores
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Patrimonio) y Gobierno de Aragón
1.ª edición, 2026

Diseño de la cubierta: Isidro Ferrer
Colección Océanos y Libros, n.º 8
Director de la colección: Daniel Mesa Gancedo

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es http://puz.unizar.es

Gobierno de Aragón. Edificio Pignatelli, Paseo María Agustín, 36. 50071 Zaragoza, España.

Prensas de la Universidad de Zaragoza es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 979-13-7014-098-4
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D. L.: Z 1882-2026

Mover las aguas, correr la Tierra: carta de navegación

Yessica Chiquillo Vilardi
Sara Martínez Crespo

> [...] era llegado el tiempo en que debían sacrificar a sus dioses, ofreciéndoles oro e inciensos, y particularmente correr la tierra y visitar las lagunas de los santuarios, y hacer otros ritos y ceremonias.
>
> *El Carnero,* Juan Rodríguez Freyle, p. 150

La selección de textos que componen esta antología, *Mover las aguas, correr la Tierra. Antología de narrativa colombiana en el siglo xxi,* es una muestra que recoge autores de origen colombiano y obras publicadas desde el comienzo del milenio; características que comparte con otras antologías publicadas en la colección Océanos y Libros. Sin embargo, en ella hemos apostado por un enfoque genérico más amplio. No es una antología exclusivamente de cuento, aquí conviven diferentes formas y registros: cuentos, diarios, relatos de viajes y fragmentos de novelas. Decidimos reunir estos textos porque consideramos que la narrativa del siglo xxi está atravesada por las hibridaciones genéricas, que ensanchan sus límites y sus moldes —lo que se ha vuelto muy productivo en la literatura hispanoamericana actual y, en especial, en la colombiana—, y porque la selección de textos podría resultar más diversa y enriquecedora.

Trabajar varios formatos y registros de escritura narrativa suponía también una dificultad que asumimos abordar: la diversidad literaria expuesta podía volverse imposible de abarcar, así que vimos la necesidad de que los textos estuvieran hilvanados por un tema o preocupación común que le diera

unidad a la selección, más allá de la cuestión genérica, la delimitación geográfica y la contemporaneidad de las voces reunidas. Así, elegimos el motivo del viaje como hilo conductor de los textos.

El viaje, de un lado, supone la apuesta por un *leitmotiv* que recorre toda la historia de la literatura y que cada vez es revisitado y actualizado con las preocupaciones del momento y de los contextos sociales desde donde se mira. De otro lado, el viaje en esta antología implica también un desplazamiento, el movimiento de una serie de nombres de un punto al otro del océano Atlántico: nuestra apuesta por unir masas continentales y comunidades lectoras. Con el título *Mover las aguas, correr la Tierra* quisimos hacer alusión no solo a los viajes que se narran en los textos y al trasvase de nombres, sino también hacer un guiño a la tradición muisca. En la cultura muisca que pobló el actual territorio de Cundinamarca «corrían la tierra», una práctica ritual que consistía en recorrer cinco lagunas sagradas del territorio: Guatavita, Guasca, Siecha, Teusacá y Ubaque. Después, se reunían los caciques en la primera de ellas para festejar durante tres días y para realizar ofrendas que se transportaban hasta el centro de la laguna en grandes balsas adornadas de oro.

Asomarse al mundo de la narrativa colombiana y, en concreto, de la narrativa breve, supone recorrer la trayectoria de grandes nombres como Gabriel García Márquez, Tomás González, Alba Lucía Ángel, Fanny Buitrago, Álvaro Cepeda Samudio, Marvel Moreno, José Félix Fuenmayor, Pedro Gómez Valderrama y un largo etcétera. Sin embargo, la intención de esta antología no era hacer un recorrido exhaustivo de toda la tradición cuentística colombiana, ya que suponía una empresa titánica y es un trabajo que ya han hecho otros desde distintas miradas estéticas y políticas. Óscar Castro García, en su artículo «Sobre las antologías del cuento literario colombiano» (2006), hace una revisión panorámica de las distintas antologías que se han publicado desde 1959 hasta el 2005, donde destacan dos compiladores: Eduardo Pachón Padilla y Luz

Mary Giraldo.[1] En estas antologías, percibimos sobre todo un afán historiográfico que abarca amplios periodos del panorama literario del país.

Respecto a las antologías sobre narrativa colombiana publicadas recientemente, cabe destacar las diferentes miradas e intereses que motivan su aparición. Está *Puñalada trapera: antología de cuento colombiano,* compilada por Juan Fernando Hincapié y publicada en el 2017 por la editorial independiente Rey Naranjo Editores y cuyo alcance permitió que tuviera un segundo tomo publicado en el 2022. La selección aquí es más espontánea y en ella hay tanto autores vivos consolidados como aquellos que apenas están despuntando en su trayectoria literaria. En una línea más especializada del género, figuran las antologías compiladas por Rodrigo Bastidas Pérez, experto en ciencia ficción, y publicadas por el sello Planetalector en Colombia: *Relojes que no marcan la misma hora. Tomo I* (2017), *Cronómetros para el fin de los tiempos. Tomo II* (2017) y *Periplos del futuro. Antología de ciencia ficción colombiana* (2023). También destaca una última en donde deja de lado el criterio de la ciencia ficción: *Antología de cuento colombiano: variaciones infinitas* (Panamericana, 2023).

En el año 2019, el sello Seix Barral en Colombia publicó la antología *Cuerpos. Veinte formas de habitar el mundo* que reúne cuentos de veinte autoras jóvenes colombianas. Aquí,

---

1 Por un lado, entre las publicaciones compiladas por Eduardo Pachón Padilla figuran: *Antología del cuento colombiano* (1959), *Cuentos colombianos* (1973-1974) editada por el Instituto Colombiano de Cultura, *Nuevo cuento colombiano 1975-1995* (1997) y *El cuento colombiano* (1980, 1985). Por su parte, Luz Mary Giraldo ha compilado y editado las siguientes publicaciones: *Ellas cuentan: una antología de escritoras colombianas, de la Colonia a nuestros días* (1998), *Cuentos de fin de siglo: Antología* (1999), *Cuentos caníbales: Antología de nuevos narradores colombianos* (2002) y *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (FCE, 2005). Aquí nos vemos obligadas a agregar, a modo de actualización del artículo, los siguientes tomos que Luz Mary siguió compilando bajo el sello editorial de FCE: *Cuentos y relatos de la literatura colombiana. Tomo III* (2020) y *Tomo IV* (2023).

sin embargo, más allá del título y la intención de enfoque de género, no hay un prólogo que aclare los criterios de selección y el rol de la persona compiladora se mantiene oculto. En esta misma línea de enfoque de género figura *Contar la vida como contar los pasos. Antología de cuentos de autoras colombianas* (2023), publicado por el sello independiente Sílaba Editores y compilado por la ya conocida antologista Luz Mary Giraldo.

De manera más ambiciosa y en esta misma dirección, destaca la colección de Biblioteca de Escritoras Colombianas, un proyecto del Ministerio de Cultura de Colombia que se inició en el año 2020 y busca rescatar y poner en circulación de manera masiva la obra de autoras nacidas desde la Colonia hasta la primera mitad del siglo XX. El equipo editorial, conformado por mujeres investigadoras, está encabezado por la escritora colombiana Pilar Quintana. La primera colección se publicó en el 2022 y consta de dieciocho títulos, cada uno corresponde a una autora diferente y abarca varios géneros literarios (novela, cuento, poesía, ensayo, crónica…). Para la segunda colección, publicada en el 2025, dejaron de dedicar un título por autora y decidieron crear diez antologías de diferentes géneros que reúnen en total las voces de noventa y siete autoras. Con esta última oleada de publicaciones, podemos notar una preocupación más enfática desde el campo editorial por visibilizar la producción literaria escrita por mujeres.

Para nuestra antología, dadas sus características dentro de la colección y su publicación en una editorial universitaria española, decidimos enfocar la selección, en su mayoría, a autores y autoras publicados por editoriales independientes colombianas, cuyas propuestas literarias encuentran una mayor dificultad para expandirse y leerse fuera de las fronteras nacionales. En este sentido, destacamos el trabajo cuidadoso y arriesgado que asumen estas pequeñas casas editoras: tienden a escarbar la tierra en busca de piedras raras, mientras que las grandes editoriales suelen optar por un camino más fácil que les asegura de manera anticipada las ventas deseables. Asimismo, notamos un criterio estético y crítico muy bien de-

finido en sus líneas editoriales. Es el caso, entre otros, de sellos como Laguna Libros, Animal Extinto, Libros del Fuego, Cajón de Sastre, Rey Naranjo Editores, Caín Press, Himpar Editores, Angosta Editores y Ediciones Vestigio. La mayoría con trayectorias consolidadas y cuyo marchamo ha traspasado las fronteras colombianas.

Allí, desde otro lugar del campo cultural, entran nuevas voces, muchas de ellas jóvenes, cuyas propuestas que hibridan las formas narrativas y genéricas, merecen ser revisadas. De estos autores, algunos tienen trayectorias «bicéfalas», en palabras de Ana Gallego Cuiñas (2018), ya que aparecen tanto en grandes grupos como en pequeñas editoriales y algunas coediciones han logrado tener alcance internacional. Sin embargo, aquellos autores que únicamente han publicado en casas editoras independientes no han logrado dar el salto hacia fuera del circuito editorial colombiano.

Hay muchas razones detrás de la *nacionalización* del mercado editorial independiente colombiano. La realidad es que son muy pocos los editores independientes que viven de los libros que editan y publican; para ellos los márgenes de inversión no son muy sostenibles y, por tanto, la estrategia de internacionalización es cara. Aunque dentro de Colombia los libros están exentos del IVA, no hay tarifas especiales para los envíos ni apoyos suficientes por parte del Gobierno que faciliten su circulación internacional, tanto de las grandes casas editoriales como de las pequeñas;[2] a lo que se suma la falta de una infraestructura logística eficiente que permita la circulación entre los países colindantes y con el mercado español. Esta situación, es bien sabido, no solo se aplica al mercado editorial

2 En lo que respecta a los envíos de libros, el cambio de moneda y los impuestos arancelarios que aplica cada país en la entrada del lote generan una incertidumbre sobre el precio total que tendrá el envío; hasta tal punto que puede resultar mucho más costoso el pago del envío que el contenido del paquete.

colombiano, sino también al contexto latinoamericano y tampoco es exclusivo del territorio independiente, ya que este aislamiento del mercado editorial se extiende a los grandes sellos, como bien han estudiado y descrito Ana Gallego Cuiñas (2018, 2021*b*) y Daniel Mesa Gancedo (2020).

Pese a estas dificultades en la circulación del libro y desplazando la mirada hacia el lado oriental del intercambio literario, existe una serie de puentes que unen las comunidades lectoras continentales. Sin entrar en muchos detalles, ya que otros lo han estudiado más a fondo, algunos de los «dispositivos de mediación de mundialización de la literatura latinoamericana» son el listado Bogotá 39 del Hay Festival, la *Revista Granta*, «los 25 secretos mejor guardados de América Latina» de la FIL de Guadalajara (Gallego Cuiñas, 2021) o, en el caso concreto colombiano, la FILBo, que en el año 2025 tuvo a España como país invitado. A ellos se suman la labor realizada por los premios literarios, como podrían ser el premio Casa de las Américas, Anagrama o Alfaguara, por las antologías o por los suplementos culturales que dan a conocer nombres fuera de las fronteras nacionales (Mesa Gancedo, 2020).

Otro camino por el que transitan los textos y los nombres del ámbito editorial independiente está constituido por las ediciones y reediciones de sellos independientes españoles: Periférica, Páginas de Espuma, Jekyll&Jill, Libros del Asteroide, Pre-Textos, Candaya, Tránsito, Plasson e Baterlebloom o Barrett. En estas cuatro últimas han editado y reeditado sus textos Isabel-Cristina Arenas, Lina María Parra, Harold Muñoz y Laura Ortiz, respectivamente. En este sentido, es iluminador el rastreo concienzudo y minucioso realizado por Martín Gómez (2024*a*) en su «Mapa de las letras colombianas en el mundo»[3] y en su estudio «Aproximación al uso de datos al servicio de la promoción de la internacionalización de las letras colombianas mediante la exportación de derechos» (2024*b*).

3 Véase la bibliografía.

Además de fijarnos en un mercado editorial *alternativo* y, en alguna medida, más vivo y en movimiento, hemos descentralizado, también, la mirada en el ámbito geográfico de la procedencia de los autores. Quienes están establecidos en Colombia no necesariamente viven en las capitales más concurridas, como Bogotá y Medellín, ciudades en las que se concentra la mayor producción editorial del país y, por tanto, la cultura relacionada con el libro. También contamos con autores que son originarios o que escriben desde otros lugares y campos culturales: Santa Marta, Pereira, El Carmen de Viboral, Popayán, Cartagena de Indias, Bucaramanga, Cali, Girardota, Barranquilla y Valledupar. Algunos escriben desde un exilio elegido, como es el caso de Andrés Felipe Solano y de Isabel-Cristina Arenas, afincados en Corea del Sur y en Madrid, respectivamente. Esto nos ha permitido explorar no solo otras poéticas, sino otras formas de ver el mundo más allá de las grandes ciudades y de las fronteras nacionales.

En suma, con esta antología queremos realizar un viaje y tender un puente más entre un continente y otro para que lo crucen las voces y obras de: Ignacio Piedrahita, Paul Brito, Paola Caballero Daza, Andrés Felipe Solano, Isabel-Cristina Arenas Sepúlveda, Víctor Rivera, Natalia Calao, Ángela Sosa, Gloria Susana Esquivel, Lina María Parra, Laura Ortiz, Laura Acero, Harold Muñoz, Felipe Núñez Mestre y Juliana Javierre.[4] Autores y autoras cuya producción literaria admiramos, pero que solo a punta de maromas, hazañas individuales o esfuerzos colectivos y fraternos logran mover las aguas y correr la Tierra.

Voces que viajan

Las voces que viajan en esta antología nos ofrecen diversas posibilidades narrativas, todas construidas desde variadas

4 En la antología, los textos se han organizado atendiendo al orden cronológico de la fecha de nacimiento de los autores y autoras y coincide con el de esta nómina.

apuestas estéticas y lugares de enunciación en los que la forma de abordar el tema del viaje se entremezcla, en la mayoría de los casos, con la forma de reconstruir la memoria. En este sentido, es preciso señalar que algunos de los textos recogidos son inéditos, bien sin publicar o bien escritos para esta antología, y otros son propuestas que los autores y las autoras han considerado que estaban relacionados con el tema. Así, a veces el viaje sirve como excusa para interrogar la identidad, emprender búsquedas de tipo existencial o darle cierre a un largo periodo de duelo. Hay viajes dentro del extenso y accidentado territorio colombiano. Hay desplazamientos que más que viajes son estadías temporales en el exterior, en busca de oportunidades económicas; allí la experiencia es narrada desde el lugar de un migrante. También está el viaje como un rumbo a lo desconocido, con la única certeza de no volver al punto de partida. Viajes internos, psicodélicos, viajes ficticios y viajes registrados desde la experiencia de las autoras.

«Yagé», del escritor Ignacio Piedrahita, nos presenta a un narrador que lee su libreta de apuntes que tomó durante un viaje al valle de Sibundoy lugar donde investigó y experimentó los efectos alucinógenos del yagé o ayahuasca, bebida medicinal a base de plantas usada en ceremonias indígenas. Gracias a este gesto de escarbar en sus propios recuerdos, el protagonista nos muestra varios significados de lo que entendemos por viaje: no se trata exclusivamente de un desplazamiento físico a una tierra remota, sino también un viaje al pasado, un viaje interno plagado de imágenes incomprensibles en busca de una purificación, pero también en el sentido de viaje como experiencia psicodélica derivado del uso de una droga.

Otro texto que guarda una relación estrecha con los dispositivos de memoria es el cuento «Cogollos», del escritor caleño Harold Muñoz. Aquí se sirve de la figura de un periodista que visita unos bosques de la zona del Pacífico colombiano para documentar el proyecto de Verra, una organización internacional que quiere implementar en el territorio la siembra de bonos de carbono. El dispositivo de memoria —en este caso

los registros en la libreta, las grabaciones y entrevistas— establece una tensión entre la construcción de un discurso de poder y los testimonios de los aserradores y campesinos. En medio de aquellas disputas, también el cuento deja ver el carácter vivo y cambiante de la selva, no de un verde uniforme, en cuya humedad se remueven también fantasmas.

Hay textos que adoptan en su totalidad la forma de un diario. El primero es «Diario de Santa Marta» de Natalia Calao. Su estadía en una ciudad costera le sirve para entremezclar recuerdos de infancia y de las casas donde ha vivido con sus lecturas predilectas. Nos damos cuenta de que el viaje o, para ser más precisos, el lugar desconocido que se pretende explorar sirve para atar conexiones más profundas con los espacios que habitamos de manera temporal y seguir encontrando razones para volver a casa. Por otro lado, la elección del formato diario —omnívoro por excelencia— le permite dialogar con otros géneros de escritura como la crónica y la poesía. Calao también traduce la disposición de los lugares y las cosas a las cajas de texto. De ahí que su escritura sea muy visual: piensa en el espacio que hay entre las palabras, cada oración es un corte de imagen o un escalonamiento en forma de listado. Es su manera de fijarse en las grietas, los bordes y vacíos en todo lo que ve.

El segundo es «Diario de viaje a Santa Cruz de Mompox» de Ángela Sosa, acompañado con las ilustraciones de Sebastián Cadavid. En este viaje, la contemplación de la naturaleza y todo lo que hace parte de ella: sus gentes, tradiciones, edificaciones y ritmos, se entreveran con los recuerdos personales y locales. Además de la investigación y las conversaciones sin afán con las personas oriundas de la región que entretejen los apuntes del diario, sobresale una sensibilidad poética en los diferentes abordajes del espacio. No estamos ante cualquier diario, hay aquí un trabajo sobre la palabra, un proceso de decantación que no se queda con solo la captura del instante. No dispone su viaje en orden cronológico, sino en orden temático, lo que le permite ahondar en las migraciones, en los mercados populares que son el corazón de los pueblos, en los zambos libres que

poblaron las orillas de Mompox, en objetos de devoción y las personas que se van cruzando en su camino.

Aunque no es un diario, «Agua de mar» de Juliana Javierre evoca los viajes por carretera junto con su madre. Vemos la perspectiva de alguien que, como Ángela Sosa, no creció cerca del mar. Por esta razón, el vasto horizonte siempre se mostró como una promesa en sus viajes de infancia. Asimismo, el viaje aquí pareciera un modo de evasión de los problemas, una suspensión de la preocupación para poder estirar el elástico de la felicidad. También cumple una doble función: cuanto más se alejaban de casa, más se acercaban entre ellos: la mamá y sus dos hijos. A lo largo del texto, hay un juego con la musicalidad, con algunas premisas que se repiten como un eco a las reminiscencias de la infancia, la unión filial y el encuentro con la inmensidad de un mundo que no se agota al mirarlo.

Otros textos de la selección proponen, desde la ficción, la contaminación del recuerdo, es decir, su naturaleza como algo difícil de reconstruir de manera prístina. Aquí entra «El viaje de mi lengua por tu nombre» de Paola Caballero Daza. En este fragmento de novela, la protagonista rehúsa dejar una evidencia de su viaje, por eso abandona su diario debajo de una piedra. Con este gesto quiere romper la forma lineal de contar una historia. A lo largo de la narración hay un flujo de conciencia nutrido de imágenes del paisaje de la ciénaga y del mar de leva, de cada una de las cosas que cambian de lugar luego del paso de un huracán. Aprovecha aquella dispersión para reconstruir su último viaje en compañía. A veces empieza por el final, otras veces por el principio: lo que ella demoró esperándolo en la playa. Aquí la memoria es lo mismo que un agua fangosa o un mar revuelto por la tormenta.

«Mensaje al futuro» de Lina María Parra también aborda la idea de la memoria contaminada o alterada. A sus 32 años, la protagonista abre el archivo de videocasetes de su padre. Empieza a ver cada vídeo grabado por él, cuando tenía la misma edad que ella, hasta que los documentos grabados en los dispositivos se le confunden con los recuerdos personales: ¿hasta qué punto lo que recuerda es algo visto por sus ojos o por la cámara de su padre?

Aquí los archivos de vídeo son un objeto misterioso que le permiten viajar a ese pasado que es a la vez un mensaje al futuro: un tiempo indeterminado, una versión de su padre que jamás conoció, de él solo en el Japón de los ochenta, y de su madre esperándolo en casa con dos hijas, a catorce horas de diferencia. Este cuento nos plantea dos tipos de viajes: uno al pasado, que está mediado por la cámara y es emprendido desde el presente de la protagonista que observa; y un segundo viaje, el de su padre, que quedó grabado en los casetes. En esta intermediación y saltos temporales vemos cómo los archivos y sus recuerdos la confrontan y le hacen cuestionar la idea clara que tenía sobre su propia imagen, su identidad.

Por su parte, el cuento «Hacia un pueblo sin nombre» de Felipe Núñez Mestre propone el viaje como una oportunidad única para cerrar un duelo. Olga, la protagonista, convence al predicador Fals —que también es su pareja— para rentar una camioneta e ir a su pueblo natal para bendecir la tumba de su hija Irma, que murió sin ser bautizada. Luego de recorrer varios kilómetros de la autopista del sol y revisar un mapa, logran dar con lo que fue su pueblo del que tan solo queda una placa conmemorativa. Debe recordar e imaginar por encima del monte las calles que abandonó a sus 18 años, atravesadas por la Violencia y arrasadas, más tarde, por una autopista de tres carriles que niega cualquier posibilidad a la memoria. Es un viaje para saldar una deuda consigo misma que viene arrastrando desde el pasado y que, de llegar a cumplirlo, le permitirá vivir su presente con alivio.

En el terreno de la ficción de largo aliento, también contamos con «Meridiano 113» de Isabel-Cristina Arenas Sepúlveda. En este fragmento inédito de novela, conocemos la historia de dos amigos colombianos que decidieron pausar un semestre de la universidad para migrar a Estados Unidos. Durante su estadía trabajan como *housekeepers* en *resorts* de Nevada de forma «temporal y voluntaria» con el fin de ahorrar y viajar. Para sobrellevar el tiempo libre, mientras descansan de limpiar «la mugre de los gringos» en medio de un paisaje árido, se cuentan historias y, sobre todo, la protagonista se esfuerza por alentar a su amigo

que parece consumido por el tedio. De repente, de aquella situación monótona de jornadas de trabajo con el cuerpo exhausto, la protagonista empieza a escarbar en su pasado, a mirar de cerca lo que se escondía en el fondo de sus ríos de infancia, a contar los secretos de familia con una única variación de nombres, a desempolvar el historial de suicidas de su familia. De esta manera, el pasado en Colombia de los protagonistas se une con el presente de los huéspedes tristes del hotel.

Volvemos al territorio colombiano con el fragmento de la novela *La Paramera* de Laura Acero, a medio camino entre el registro narrativo y el testimonial. Adriana lleva un tiempo largo viviendo en el Páramo de Sumapaz: huyó de ser madre y esposa y ahora vive con Rubén, un hombre tosco que alguna vez la enamoró. La otra protagonista repite la historia de Adriana, que abandona a su pareja y a su hijo recién nacido por quedarse en el Páramo. Es una madre que dicta talleres de escritura a las comunidades campesinas y también escribe. Por momentos la narración está cargada de erotismo, donde el deseo nace de la víscera. En este contrapunteo entre la escritora y Adriana, vemos dos viajes: el de una que huye al páramo y otra que decide huir de él. El Páramo de Sumapaz es una zona rural vasta y agreste, antes conocida por ser ruta del conflicto armado, pero en medio de una tierra dolorida, surgen diferentes voces y experiencias de mujeres campesinas —como Blanca, Maribel, Marley, Flor— que resistieron y se quedaron en estas tierras.

En el cuento «Laguna de Buey», de Víctor Rivera, sobresale la atmósfera de la alta montaña colombiana, poblada de seres insospechados. Nicolás e Irene se bajan de una buseta y emprenden una caminata por el páramo. Sin embargo, este no es como todos los que han visitado, aquí hay algo que los acecha a cada paso: la posibilidad de que un grupo armado los encuentre. Pese a las advertencias, deciden entregarse al valle de frailejones y a la niebla que lo envuelve todo con su misterio, porque quieren avistar un quetzal o un tucán de montaña. Han oído también historias de una laguna donde se aparece un espíritu con la forma de un buey de ojos rojos. Aquí el viaje es confuso, es real,

pero a los personajes les toma tiempo darse cuenta, al estar embebidos por la extraña e hipnótica belleza del páramo.

Otro cuento donde aparece este paisaje es en «La cajita de Avon» de Laura Ortiz. Sin embargo, aquí este lugar es un destino accidental. La protagonista Marlenys Martínez es una mujer triste y sola, ensopada en el calor de Ciénaga de Oro, un pueblito del Caribe colombiano. Aunque de 38 años, parece ser víctima de un envejecimiento prematuro y al tiempo encarna una personalidad ingenua, infantil. La miseria de su salario como aseadora de la alcaldía, la lleva a refugiarse en las calles nevadas de San Petersburgo, localización de la telenovela rusa *El Capote,* la cual ve al mediodía, mientras el resto del pueblo logra dormir la siesta. A medida que avanza en los capítulos de la telenovela, aumenta su conexión con el personaje Akaki Akakievich, interpretado por Nikolai Karachentsov. El viaje, entonces, es una vía de escape, una suspensión de su cotidianeidad. Y raptada por aquella ficción invernal, Marlenys también cambia de lugar; le ha nacido la motivación de abandonar su pueblo monótono, de entregarse a la incertidumbre de lo desconocido.

Por último, contamos con tres textos narrativos cuyo pacto de ficción dialoga con una realidad distópica y paranoica. Estos cuentos o fragmentos de novela entremezclan diferentes subgéneros narrativos: el policíaco y el terror.

El primero es el cuento «Mudanzas nocturnas» de Paul Brito, que aborda la historia de una empresa clandestina que ofrece el servicio de anonimato, con una vida nueva en otro país. La posibilidad de morir y nacer de nuevo, con otro nombre. Un único viaje para no volver al lugar de antes, sino seguir adelante, sin mirar el pasado sepultado. Así, el protagonista, ahora bajo el nuevo nombre de Anselmo, empieza a caminar a tientas sobre un terreno desconocido. A pesar de que disfruta la aparente libertad de probar cosas nuevas, se da cuenta de que tarde o temprano lo perseguirá el recuerdo de su renuencia a aceptar la vida que tenía. El ciclo es vicioso y podría seguir cambiando de vidas, pero seguiría en todas ellas vigilado por la compañía. Allí radica su inevitable crisis: la posibilidad de seguir renun-

ciando ante el más leve asomo de compromiso con alguien vaciará de sentido todo lo que hace. Tampoco se puede estar pleno en una vida fantasma.

Ahora pasamos a un lugar interminable y aciago con el cuento «Luz sobre las dunas» de Gloria Susana Esquivel. Este lugar puede ser el de las pesadillas recurrentes de Lele, la protagonista, un mar de dunas donde ella se pierde y luego es tragada por aquella inmensidad del desierto. Pero también puede ser el inacabable juego de salas de espera de una agencia de viajes, donde una sala lleva a otra sala y luego a otra. Justo allí, en una de ellas, están Lele y su esposo Esteban esperando ser atendidos. Mientras el agente les ofrece varias opciones de paquetes turísticos en islas del Caribe con todo incluido en un *resort,* Lele va perdiendo los contornos del mundo y las voces de los hombres pasan a un segundo plano, mientras las imágenes de sus pesadillas empiezan a nublarle los ojos y a secarle la garganta. Hay aquí una construcción constante de la paranoia y del terror: la narración se tensiona, se entrecorta con la misma experiencia de Lele que nos impide saber qué piensan los personajes que la observan, ni estar seguros de lo que dicen.

Por último, en «Manos de diamante» de Andrés Felipe Solano, conocemos la historia de un narrador testigo, Andrés, que viaja con su esposa a Osaka, luego de que ella ganara un sorteo de una compañía de celulares. Impulsado a estudiar la vida de Oda y la cultura de los *buraiha,* deciden tomar un ferri desde Busan. A bordo conoce de forma accidental al enigmático detective Park Bong, cuya vida lo motivará a escribir la novela policíaca *Manos de diamante,* título con el que completa un juego metatextual. En el relato se entrelazan imágenes sólidas del paisaje, como el mar color plomo por donde se mueven, con una búsqueda detectivesca y fantasmal. Sin embargo, por más que el escritor de este cuento escarbe en sus recuerdos para volver a Bong, la imagen de su rostro no es sólida, es tan difusa e incierta como la misma identidad de aquel hombre misterioso que nunca volvió a ver.

Índice

9_Mover las aguas, correr la Tierra:
carta de navegación
Yessica Chiquillo Vilardi
Sara Martínez Crespo

27_Narraciones.
Voces que viajan

29_Yagé
Ignacio Piedrahita

41_Mudanzas Nocturnas
Paul Brito

49_El viaje de mi lengua por tu nombre
Paola Caballero Daza

57_Manos de diamante
Andrés Felipe Solano

73_Meridiano 113
Isabel-Cristina Arenas Sepúlveda

93_Laguna del Buey
Víctor Rivera

101_Diario de Santa Marta
Natalia Calao

123_Diario de viaje a Santa Cruz de Mompox
Ángela Sosa

141_Luz sobre las dunas
Gloria Susana Esquivel

149_Mensaje al futuro
Lina María Parra

161_La cajita de Avon
Laura Ortiz

171_La Paramera
Laura Acero

185_Cogollos
Harold Muñoz

207_Hacia un pueblo sin nombre
Felipe Núñez Mestre

225_Agua de mar
Juliana Javierre

233_Notas biográficas

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en noviembre de 2026



Mover las aguas, correr la Tierra. Antología de narrativa colombiana en el siglo xxi recoge cuentos, diarios y fragmentos de novelas publicados en el siglo xxi y escritos por autores y autoras procedentes de diferentes puntos de Colombia, cuyas producciones han estado vinculadas al territorio de la edición independiente. Los quince textos que componen el volumen, alguno de ellos inédito, se agrupan en torno a la temática del viaje. La particularidad de la selección reside en que cada autor ofrece diversas posibilidades narrativas, construidas desde variadas apuestas estéticas y lugares de enunciación, en las que la forma de abordar el viaje se entremezcla, en la mayoría de los casos, con la forma de reconstruir los recuerdos. Esta muestra pretende facilitar el desplazamiento de unas voces de un lado al otro del Océano.

1474

Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

GOBIERNO DE ARAGON

ISBN 979-13-7014-098-4

9 791370 140984

YESSICA CHIQUILLO VILARDI
(Barrancabermeja, 1993). Escritora, docente y mediadora LEO. Es profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana y magíster en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado *Libro de hallazgos* (Animal Extinto, 2019; Alacraña, 2025), *Escarbar la herida [cartas sobre el amor]* (Laguna Libros, 2024) y *Un montón de piedras* (Voraz Editorial, 2025). También participó en *Ríos, peces, diluvios. Antología del agua* (Laguna Libros, 2025). Le interesan la narrativa latinoamericana contemporánea, los registros autobiográficos, las bitácoras de viaje, el ensayo, además de reflexiones sobre el duelo, la memoria y la intersección entre literatura, artes y ciencias sociales. Reside en Bogotá.

SARA MARTÍNEZ CRESPO
(Soria, 1992) es graduada en Filología Hispánica (2014) y doctora en Literaturas Hispánicas (2022) por la Universidad de Zaragoza. Sus estudios se han centrado en la literatura colombiana e hispanoamericana actuales y ha participado en dos proyectos de investigación sobre el retrato literario. También colabora en dos proyectos de innovación educativa de la Universidad de Zaragoza: «En los márgenes del canon: estrategias para (desin)visibilizar a las escritoras hispanoamericanas» y «Continente desbordante / Contenidos expandidos. Más allá del aula: exploraciones en la Literatura Hispanoamericana». En la actualidad es docente de Lengua Castellana y Literatura para Educación Secundaria Obligatoria en Aragón.